

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día,
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan que no venía.
Entreabierta tenía su ventana
La enamorada niña
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.
Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudía,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afán tendía;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veía,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venía.

Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvida,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á don Juan desesperada
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
¡Y ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas, precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,

Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se para.
«Él es, dijo bajando, y no mentía
Que era en verdad don Juan el que venía.»
Él era sí, por el cruzado embozo
A somando el semblante macilento
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilán sangriento.
¡Dios mío! dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando:
«Tracis sangre, don Juan» dijo aterrada,
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó y echando al fuego
El de sangre teñido
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.

—Dónde?

—Lo ignoro.

Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.

—¿Pero qué pasa?

—Oh! no es para subirse á los tejados,
No es lo que viene ni un león ni un toro,
Poca cosa señora
Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad, don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logró con ella. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais...

—Yo? qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.

Y serenad por Dios esa pavura
Que en el rostro mostrais, porque á fe mia
Que el asunto no es cosa estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.
Oidme en dos palabras Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á don Gonzalo conocias.

—Eso

Bien lo sabeis.

—Tenia una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con exceso
Y no es extraño que perdiera el seso.
—¿Pero en fin qué es el caso?
Que me teneis violenta.
—Me habló de vos y aunque detrás de un vaso
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo, por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
—Le matasteis? don Juan, sois un malvado!
—Tal vez tengais razon, mas bien mirado
Como si no le mato, al fin me mata,
En matarle sali muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á don Gonzalo pertenece
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos,
Maldito si dá el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta
Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino

Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced. ¡ Hermoso dia!

MARGARITA.

¡El os proteja, madre! ¿Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora,

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio dia.

MARGARITA.

¡Medio dia!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Si: mas hacedme la bondad primero
De decidle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fe bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quién hablais?

MARGARITA.

Del caballero

Que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasajero que ahí habia...

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos.

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el dia.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente.

Partió sin mí!

POSADERA.

Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sábedora.

MARGARITA.

¿Yo? ¡justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento

Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,

Se murmuró la historia comentada

Por el curioso vulgo maldiciente,

Y cuando en sí volvió la desdichada

Solo encontró á su lado

Un hidalgo que acaso acompañado

De su mujer viajaba,

Quien viendo su hermosura condolida

Guardarla quiso la honra con la vida.

«Pobre jóven, la dijo aquella dama,

Cobrad valor, no os deis tan por perdida.

¿A dónde quereis ir?

MARGARITA.

¿Dónde, señora?

Saberlo me pluguiera,

Yo iria solamente donde él fuera.

¿Sabeis de él?

LA DAMA.

¿Quién es él?

MARGARITA.

Ese viajero

Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero

Mozo y galan.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo obero?

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA.

¿De mi familia? No precisamente,

Pero si yo supiera su destino....

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.

¿Sabeis su casa vos?

MARGARITA.

Sí, es en Palencia.

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda

En nuestra compañía, y diligencia

Para que os lleven á Palencia haremos,

De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¡Ay señora, quien quiera

Que seais...

EL CABALLERO.

Levantad, por vida mia!

Cualquier noble español lo mismo haría.

Ea venid, que enganchen y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos,

Y tomando la mano el caballero

De la infeliz y triste Margarita,

Dejaron al momento la posada

Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante

Sino tras su amor perdido?

¿Dónde irá mas que á su nido

Y al bosque en que le dejó?

¿Dónde irá su pensamiento

Ni la llevará el destino

Sino sabe otro camino

Que el solo en que se extravió?

¡Ay! ¿dónde irá Margarita

En su ciega inexperiencia,

Dónde irá sino á Palencia

Do tal vez está don Juan?

¿ Porque quién logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon
Una mujer se veía
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á través de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente
Por mas que mira, la faz.

Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y el balcon siempre cerrado
Y á abrirle no venia
Y solitario seguia,
Dueña, galan, ni doncel.

¿ Qué hacia pues á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿ Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

¿ Serán zelos?—¿ Qué locura!
¿ Quién, ni de quién los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas

La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿ Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,
Y se oye al léjos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la mujer, sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿ Quién es? ¿ qué busca? ¿ qué espera?
Fatídica así ¿ qué augura
Su misteriosa figura?
¿ Es ente real ó es vision?

¡ Ay! pobre amante olvidada!
¡ Ay! infeliz Margarita!
¿ Quién comprenderá tu enita
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ajeno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en él esperas por eso,
Cuando el solo un solo beso
De cualquier nueva beldad,

Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adiós ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Rebienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada
Buscando asilo seguro,
Acogióse al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;
Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coró estaba.....
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;

Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coró,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fe bañada
Dijo: «¡Ay de mí! ¿quién pudiera
Volverme á mi vida austera,
Y á otro porvenir mejor?»

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Extrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.

«Será novicia (se dijo)
«Habrá al convento llegado
«Desde que yo le he dejado,
«No puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguía
Los altares arreglando,
Y la seguía mirando
Margarita por detrás;
Y hallaba en todo su cuerpo
Un *no sé* qué de extrañeza,
Que aumentaba su belleza
Cuanto la miraba mas.

Había cierto aire diáfano,
Cierta luz en sus contornos,
Que quedaba en los adornos
Que tocaba por do quier;
De modo que en breve tiempo
Que anduvo por los altares,
Viéronse en ellos millares
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro
Tan fosfórico y tan ténue
Que el templo seguía oscuro
Y en silencio y soledad.
Solo de la monja en torno
Se notaba vaporosa,
Teñida de azul y rosa
Una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita
A pesar de la distancia
De las flores la fragancia
Que ponía en el altar,
Y ó un inefable sueño
La embargaba los sentidos,
O escuchaban sus oídos
Música al léjos sonar.

Y aquel concierto invisible
Y aquel olor de las flores,
Y aquellos mil resplandores
La embriagaban de placer;

Mas todo pasaba en ella
Tranquila y naturalmente
Cambiándola interiormente,
Regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
Sus pasadas amarguras,
Sintió en sí castas y puras
Mil intenciones bullir,
Mil imágenes de dicha,
De soledad y de calma
Que pintaron en su alma
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
Un éxtasis delicioso,
Era un sueño luminoso,
Un deliquio celestial;
Un dulce anonadamiento
En que nada la oprimía,
Y en donde nada sentía
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma
De Margarita un intento,
Un impulso, un sentimiento
Hacia la monja de amor,
Que á su pesar la arrastraba
A contemplarla y seguirla,
A distraerla y pedirla
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
Un talisman su presencia
Necesario á su existencia
Desde aquel instante ya;
Y su recuerdo divino
Es á su dolor secreto,
Un misterioso amuleto
Que fe y religion la dá.

Y en ella fijos con ansia
Los ojos y el pensamiento,
La gloria por un momento
En su delirio gozó,

Mientras aquella divina
Aparicion deliciosa
De la bella religiosa
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja
Y por la iglesia cruzando
Pasó á su lado rozando
Con sus ropas al pasar,
Y sin poder Margarita
Resistir su culto encanto,
Asióla al pasar del manto
Mas sin fuerzas para hablar.

«¿Qué me queréis?»—Con acento
Dulcísimo preguntóla
La monja. «—Me dejais sola,
Dijo Margarita, así?»
—Si no teneis mas amparo,
Contestó la religiosa,
En noche tan borrascosa
Venid al claustro tras mí.
—¡ Oh! imposible!

—Si os importa
Hablar con alguna hermana
Volved si gustais mañana.
—Yo hablara...

—¿ Con quién?

—Con vos.

—Decid pues.

—No sé que empacho

La voz al hablar me quita...

—¿ Cómo os llamais?

—Margarita.

—¡ El mismo nombre las dos!

—¿ Así os llamais?

—Si señora

Y en otro tiempo yo era...

¿ Qué oficio teneis?

—Tornera.

—¡ Tornera! ¿ cuánto tiempo ha?

—Cerca de un año.

—¡ De un año!

—Diez llevo en este convento

Y en este mismo momento
Cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
Su misma historia escuchando,
Y el tiempo á solas contando
Que oyó á la monja marcar.
Su mismo nombre tenia,
Y su misma edad, y era
Como ella un año tornera,
Y diez monja..... ¿ qué pensar?

Alzó los ojos por último
Margarita á su semblante
Y de sí misma delante
Asombrada se encontró;
Que aquella ante quien estaba
Su mismo rostro llevaba,
Y era ella misma..... ó su imágen
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
Sin voluntad, ni voz, ni movimiento,
Prensado el corazon y el pensamiento
Bajo el pié de la santa aparicion;
Y así quedó, la frente sobre el polvo
Hasta que el eco de la voz sagrada
A el alma permitió purificada
Ocupar otra vez su corazon.

Entonces envolviéndola en su manto,
Su cabeza cubriendo con su toca,
El dulce acento de su dulce boca
Dijo á la absorta Margarita así:
«TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ: VE TODAVÍA
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUGÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ.»

Y á estas palabras retumbando el trueno,
Y rápido el relámpago brillando
Del aire puro en el azul sereno
Se elevó la magnífica vision.
La reina de los ángeles llevada
En sus brazos purísimos huía,
Y á Margarita huyendo sonreía
Que adoraba su santa aparicion.

Sumióse al fin del aire trasparente
En la infinita y diáfana distancia,
Dejando en pos suavísima fragancia
Y rastro de impalpable claridad.
Y al volver á su celda Margarita
Volviendo á sus afanes de tornera,
Tendió los ojos por la limpia esfera
Y no halló ni vision, ni tempestad.
Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle,
Y al vital resplandor de su bugia,
Aun encontró la imágen de María,
Y sus flores aun sin marchitar.
Y á sus piés despidiéndose del mundo
Que en vano su alma devorar espera,
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
Sin mas mundo que el torno y el altar.

FIN DE LA LEYENDA CUARTA.

APÉNDICE A MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche
Y á la entrada de una calle
Nublada y oscura aquella,
Esta solitaria y grande,
Aquella escasa de luces,
Y esta escasa de habitantes
Pues que sólo entre un convento
Y un caseron viejo se abre,
Venía sobre un caballo
Un hombre que á tientas sabe,
Sin duda el sitio que pisa
Pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos
Y del caballo apeándose
Dió en la puerta dos seguidas
Aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
Después en las cavidades

De lo interior retumbaron
Y al fin las devoró el aire.
Pasaron tras de los golpes
De silencio unos instantes,
Hasta que de una ventana
Se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
Una sombra vacilante
Al reflejo de una luz,
Y tras esto desdoblándose
Las dos hojas de los vidrios,
Con acento lamentable
Dijo una vieja ¿quién llama?
Y el que llamó dijo:—¡Abre!
—Qué quereis?

—Abre demonio

No me conoces? que baje
Damian por este caballo.
—¡Él es! Jesucristo valmel!
Dijo la mujer en lo alto,
Y la ventana cerrándose
Abrióse al punto la puerta,
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba
De su casa de Palencia
Sin otro mal ni dolencia
Que el exceso de su edad,
Don Gil de Alarcon á solas
Con su confesor espera
Su cercana hora postrera
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen
La vida y la menoscaban,
Los dias solo le acaban
Que ya han pasado por él.
Que es el tiempo una carcoma
Que todo á traicion lo mina,
Y con mano igual arruina
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia
Muere don Gil, buen cristiano,
Aun hay un recuerdo humano
Que le angustia el corazon:
Hay una idea rebelde